

Pero Severina con su mano nerviosa le agarró el brazo, inmovilizándole y apretándolo contra ella.

—Mira, ya vuelve.

Roubaud, en efecto, volvía. Giró hacia la derecha y bajó de nuevo. Quizás había sentido en su espalda vaga sensación que le hiciera presentir que era perseguido, cuando los criminales se habían lanzado sobre la pista. Sin embargo, continuaba andando con su paso tranquilo, como guardián concienzudo que no quiere volver á su oficina sin antes haber echado una ojeada por todas partes.

Detenidos repentinamente en su carrera, Santiago y Severina no se movían. La casualidad los plantó en el ángulo mismo de un montón de carbón.

Se adosaron allí como queriendo penetrar con la espalda pegada á negra pared dentro de la masa de carbón, confundidos, perdidos en aquel charco de tinta. No se oían sus respiraciones.

Santiago miraba venir á Roubaud en línea recta hacia ellos.

Treinta metros les separaban apenas, cada paso disminuía la distancia matemáticamente, acompasado como el péndulo inexorable del destino. Sólo quedaban veinte pasos, diez nada más; le tendría delante, levantaría el brazo y le plantaría la navaja en la garganta, dando el golpe de derecha á izquierda para ahogar el grito. Los segundos le parecían interminables; tal ola de pensamientos atravesaba el vacío de

su cráneo, que la noCIÓN del tiempo quedó borrada en su cerebro. Todas las razones que le determinaban desfilaron una vez más; vió claramente el crimen, las causas y las consecuencias. Todavía cinco pasos. Su resolución, tirante hasta romperse, permanecía inquebrantable. Quería matar y sabía por qué iba á matar.

Pero á dos pasos, á un paso, aquello fué un desastre. Todo se vino abajo de repente en su ser. ¡No, no! no mataría, no podía matar así á aquel hombre sin defensa.

Sí, raciocinaba; nunca cometería el crimen; para cometerlo era preciso sentir el instinto que obliga á morder ó el impu'so que impele á saltar y precipitarse sobre la presa; el hambre ó la pasión que destroza. ¡Nada importaba que la conciencia se compusiera sólo de ideas transmitidas por una lenta herencia de justicia! No se sentía con derecho á matar, y por más que hacía no llegaba á persuadirse de que le era dado apropiarse semejante derecho.

Roubaud pasó tranquilamente. Su codo rozó á los dos amantes que permanecían escondidos en el amontonado carbón. Un suspiro les hubiera vendido; pero permanecieron como muertos. El brazo no se levantó, no hundió la navaja. Nada hizo estremecerse las espesas tinieblas, ni el más leve movimiento. Roubaud estaba lejos, á diez pasos, mientras que inmóviles, con la espalda pegada al montón negro, permanecían ambos como sin respirar y con el espanto que les había infundido aquel hombre solo, desarmado,

que acababa de rozarse con ellos y que iba alejándose á lento y tranquilo paso.

Santiago lanzó un ahogado sollozo de rabia y de vergüenza.

—¡No puedo! ¡no puedo!

Quiso abrazar de nuevo á Severina, apoyarse en ella; necesitaba ser perdonado y consolado.

Pero Severina, sin decir una palabra, escapó. Alargó Santiago la mano, y apenas le cogió las faldas sintió que luego se le escurrieron entre sus dedos. Poco después oyó sus pasos ligeros y precipitados.

En vano la persiguió por un instante, pues tan brusca desaparición acababa de trastornarle. ¿Tanto la enfadaba su debilidad? ¿Le despreciaba? La prudencia le impidió ir á verla. Mas cuando se vió solo en aquellos vastos terrenos llanos, manchados con las lágrimas amarillas del gas, una espantosa desesperación se apoderó de su ánimo. Se apresuró á salir para ir á esconder su cabeza en la almohada y maldecir y abominar su existencia.

Unos diez días más tarde, hacia fines de Marzo, los Roubaud triunfaron por fin de los Lebleus.

La administración declaró justa su demanda apoyada por el Sr. Dabadie, y tanto más, cuanto que la famosa carta del cajero, comprometiéndose á devolver el cuarto si un nuevo subjefe lo reclamaba, acababa de ser encontrada por la señorita Guichón, un día en que ésta buscaba cuentas antiguas por los archivos de la estación.

Seguidamente la señora de Lebleu, exasperada por su derrota, habló de mudarse; puesto que querían su muerte, ¡que dieran fin de ella! Durante tres días aquella mudanza memorable tuvo revuelto á todo el pasillo. Hasta la misma insignificante señora de Moulín, de quien nunca se ocupaba nadie, y á la que jamás se veía entrar ni salir, se comprometió llevando la mesa de labor de Severina de un cuarto á otro. Pero Filomena fué, sobre todo, la que sopló la discordia; se presentó allí desde por la mañana temprano para ayudar, haciendo los paquetes, zarandeando los muebles, invadiendo el cuarto que daba á la calle antes que la inquilina lo hubiese abandonado; y ella fué quien expulsó á ésta, en medio del vaivén de los dos mobiliarios, mezclados, confundidos en el trasbordo. Había llegado á mostrar tal celo hacia Santiago y hacia todo lo que él amaba, que Pecqueux, extrañado, receloso, hubo de preguntarla con su grosería cazarra y sus modales de borracho vengativo, si dormía ahora con su maquinista, advirtiéndola que les ajustaría las cuentas á ambos el día en que los sorprendiese.

Esto aumentó su afán de conseguir á Santiago, se hacía la criada de éste y de su querida, esperando poseerla también, al colocarse entre ambos. Cuando se hubo llevado la última silla, las puertas estuvieron á punto de venirse abajo. Mas viendo un taburete olvidado por la cajera, abrió de nuevo y lo tiró en el pasillo, en el cual ya se había restablecido la paz.

Entonces recomenzó lentamente la existencia su curso monótono. Mientras que la señora de Lebleu, en su cuarto, clavada por sus reumas al fondo de su butaca, se moría de aburrimiento, con gruesas lágrimas en los ojos, sin ver ya más que el zinc de la marquesina ocultando el cielo, Severina, instalada junto á una de las ventanas delanteras, trabajaba en su interminable colcha. Tenía Severina debajo la alegre agitación del patio de salida, la ola continua de los caminantes y de los coches. La primavera, muy precoz aquel año, verdeaba ya las yemas de los grandes árboles en la orilla de las aceras; y más allá los ribazos lejanos de Ingonville ostentaban sus pendientes cubiertas de árboles, salpicadas por las manchas blancas que forman las casas de campo. Mas extrañábale á Severina el poco placer que la proporcionaba realizar por fin aquel sueño; estar allí, en aquel cuarto codiciado, teniendo delante de la vista amplio espacio, claridad y sol. Había aún más: como su asistente, la tía Simón, gruñía furiosa al no encontrar allí sus costumbres, Severina se impacientaba, ec' ando á veces de menos su antiguo rincón, como ella decía, en donde se veía menos suciedad.

En cuanto á Roubaud, puesto que se había mostrado con desinterés é indiferencia, no parecía saber que hubiese cambiado de nicho; con frecuencia se equivocaba y sólo notaba su error cuando su nueva llave no entraba en la antigua cerradura.

Se ausentaba cada vez más; la desorganización continuaba. Hubo un momento, sin embargo, en que pareció reanimarse con el despertar de sus ideas políticas; no porque fuesen éstas muy claras ni muy ardientes, sino porque se le había quedado atravesado en el corazón su disgusto con el subprefecto, disgusto que estuvo á punto de costarle el empleo. Desde que el imperio, amenazado por las elecciones generales, atravesaba una crisis terrible, el subjefe triunfaba, repitiendo que tales gentes no siempre tendrían la sartén por el mango. Una advertencia amistosa del señor Dabadie, avisado por la señorita Guichon, ante quien había Roubaud soltado aquella frase revolucionaria, bastó para calmarlo. Puesto que el pasillo estaba tranquilo y todos vivían de acuerdo, ahora que la señora de Lebleu se debilitaba muerta de tristeza, ¿por qué nuevas pesadillas con las cosas de gobierno? Roubaud hizo un gesto; ¡bastante le importaba la política ni nada! Y cada día más gordo, sin un remordimiento, se iba indiferente con su paso tardo y su redonda espalda.

Entre Santiago y Severina el malestar había aumentado desde que podían verse á cada momento. Ya nada les impedía ser felices; subía á verla por la otra escalera cuando se le antojaba, sin temor á ser acechado; el cuarto era de ellos, y hubiera dormido allí si se hubiera atrevido. Pero lo irrealizado, el acto decidido, consentido por ambos y que él no cumplía, era lo que interponía entre ellos un malestar, una pared infran-

queable. El, que traía la vergüenza de su debilidad, hallaba á Severina cada vez más taciturna, enferma de esperar inútilmente. Sus labios ya no se buscaban, pues esa media posesión la habían agotado, y lo que querían era toda la felicidad, marcharse, casarse allí, comenzar otra vida.

Una noche Santiago halló á Severina en un mar de lágrimas; y ésta cuando le vió no se echó sollozando como otras veces á colgarse de su cuello y descansar en él. Ya había llorado así, pero entonces la serenaba con un abrazo, mientras que ahora, sobre su corazón, la sentía presa de una desesperación creciente, á medida que él la iba interrogando con mayor afán. Quedó trastornado y acabó por cogerle la cabeza entre sus manos; fija su vista en la de Severina, penetrando su mirada hasta el fondo de sus ojos anegados en llanto, Santiago juró, comprendiendo de sobra que si Severina se desesperaba de aquel modo era por ser su mujer, por no atreverse á matarle ella misma, en medio de su dulce pasividad.

—Perdóname, espera aún..... Te lo juro, pronto, en cuanto pueda—dijo el joven.

Enseguida pegó Severina su boca á la de Santiago como para sellar aquel juramento, dándose uno de esos besos profundos, por los cuales se confundían en la comunión de su carne.

X

La señora Eufrasia murió el jueves por la noche á las nueve, presa de horrible convulsión; y en vano Misard, que esperaba junto á la cama, trató de cerrarle los párpados; aquellos ojos obstinados permanecían abiertos; la cabeza quedó rígida, un poco inclinada sobre el hombro, como para mirar lo que pasaba en el cuarto, y cierta tirantez de los labios parecía arremangarlos con una risa zumbona. Sólo ardía una vela, colocada junto á ella en un rincón de la mesa. Los trenes que pasaban á todo vapor desde las nueve, ignorando que estuviese allí aquel cuerpo tibio aún, le sacudían un minuto, bajo la llama vacilante de la vela.

En seguida Misard, para que Flora se alejase, la mandó á Doinville á dar parte del fallecimiento. No podía estar de vuelta antes de las once; de manera que tenía dos horas por delante. Con gran sosiego principió á cortarse un pedazo de pan, pues sentía el estómago vacío; como que no había tomado alimento con aquella interminable agonía. Y comía de pie, yendo y viniendo, arreglando las cosas.

Algunos golpes de tos le detenían y estaba tan delgadocho, con sus ojos tristes y su pelo